

EL AMOR EN LA CRUZ

Manuel Jesús Martínez de Pinillos Pérez-Estudillo

Tiende la Cruz a florecer,
como el almendro, que cada
primavera vuelve a nacer.

Toma tu Cruz y sígueme.

Toma tu Cruz y camina
tras las tupidas cortinas,
donde el alma nunca gime.

Toma el árbol que redime,
el tronco que es medicina
en esta vida peregrina
y nos eleva a lo sublime.

El que nos llama en un grito
desde el árbol bendito
y es de la fe su estructura.

Si de tierra es la creación,
qué suerte de redención
alcanzarte en las alturas.

Toma su marca en la frente,
la herida que queda abierta
cuando febrero despierta
y estalla la luz, lentamente.

Y que, resplandeciente,
-igual que ayer-, nos deslumbre
la cruz sobre las cumbres
del primer penitente.

Y así nos muestras que aquí estás,
parado en el tiempo -quizás-,
eterno en nuestra memoria.

Señor Rector de la Iglesia Colegial del Divino Salvador.

Señor Director Espiritual, Hermano mayor y junta de gobierno de la Primitiva Archicofradía Pontificia y Real Hermandad de Nazarenos de la Sagrada Entrada en Jerusalén, Santísimo Cristo del Amor, Nuestra Señora del Socorro y Santiago Apóstol.

Hermanos todos en el Amor de la Cruz.

Familiares, amigos, señoras y señores.

La cruz divina

En este marco me pongo a los pies del Cristo del Amor, mientras que las meditaciones suben una escalinata para morder las certezas, donde se ven golondrinas bañadas por la pátina del recuerdo y las vidrieras le toman el pulso a la luz, aquí me expongo: con pasos inciertos, buscando una voz propia, dispuesto a contar las astillas de mis manos. En este breve tiempo, iré explicando mis pensamientos sobre el misterio de la Cruz de Cristo, cómo es posible la paradoja de amar padeciendo y nuestro deber de alcanzar la misma meta que Cristo consiguió.

Hoy quiero empezar hablando del Dios que permanece palpitando en las estrellas que van marcando nuestro destino y que nunca se aleja, como el eco de las campanas de un convento; el que hilvana nuestras almas con hilo blanco, cosiendo el roto de nuestras travesuras; el que duerme de forma calmada, reposada, paciente, en las esquinas de nuestras miserias mientras saboreamos las primaveras. Es un Dios que lo reconocemos, y lo sentimos porque acudió a nosotros igual que la espuma del mar de Galilea.

Fue allí, en Galilea, donde las mujeres del mercado y los patios comenzaron a hablar de un Hombre Bueno que emanaba de sus manos la aurora de un nuevo día y que soplaba las almas de todo el que quisiese. Con hechos se manifestó. Aquel Rabí resanó los tueros del cayado y lo remojó en el lago de sus certezas solitarias, enterneció la carne de los marginados y le dio brillo a los ojos que odiaban. Fue como si una paz casi comparable al descanso del pastor a la sombra de una encina nos hubiese traspasado los esquemas, y mil lenguas ardientes se unieran y cantasen en un breve lapso de tiempo que

permaneció para siempre en nuestra memoria, saltando por todos los corazones y deteniéndose en todos para no irse jamás.

Todo era sustento en el lento fermento de su mejor sinfonía. Mientras que la luna troquelaba con su danza la armonía de los colores, el Buen Hombre meditó sus lágrimas, y justo en ese momento, aceptó el precepto de ser Él quien cambiase las tornas del mundo. Mientras el odio que anida en nuestras heridas se encrudecía y el hombre volvía a recordar lo que siempre ha sido, el Galileo arrojó al aguamanil de las evidencias su condición y, juicios y torturas de por medio, abrazó el árbol de la Cruz. Camino al cadalso, por las esquinas donde hacía poco que abrazaba niños, sus madres cargaban con los llantos del mundo al ver pasar a aquel Hombre cargando el madero, preguntándose qué necesidad había de actuar así por quienes hacían gritar a las espadas.

Nadie entendía su misión
de caminos empedrados
y llantos entrecortados
mientras proclamaba el perdón.

Parecía una osadía
-“Luz de Yahvé” de Isaías-,
a los ojos terrenales.

Y es, al fin y al cabo, que la vida y el sufrimiento son sinónimos. Cristo estableció un vínculo, sellado con clavos, con el único elemento que no puede

ser separado de nuestra vida: el padecimiento, la debilidad, el duelo, el silencio, la muerte. Dios al pasar por el trance, y resucitando, nos mostró la senda que conduce al monte donde la hierba está crecida y cabecea al compás del aire que emana de sus llagas.

La Cruz también nos muestra con su recuerdo que Dios no es lejano ni nos ha abandonado, sino que el amor que nos tiene es tan puro, es tan reluciente su luz, que Él mismo es capaz de inmolarse en ella para convertir la Cruz en la victoria de la condición humana, como con el dintel y las jambas de la Pascua de Egipto. Su sangre en la madera ha refundado surcos de Amor en nuestros corazones, y nunca se aleja. Permanecemos en su Amor.

Quando el viento traspasa los poros de la tarde
no llega el ocaso a las tapias, ni trepan las zarzas,
ni renuncia la blancura a acunar sus gamarzas.
No se estremece el día cuando la pureza arde.

Quando la lluvia allana los montes del alarde,
una Cruz germina en su centro. Mientras se engarza,
el cielo desea que su mensaje se esparza.
Bajo Ella, no hay mejor sombra que nos resguarde.

Cristo rubricó su amor con clavos y madera
para mostrar, como a los apóstoles dijera,

que quien se inmola por otros, ama sin medida.

Así Él espera donde la muerte no se llora,
donde apuntan los álamos, desnuda la aurora,
para sanar las heridas de nuestra vida.

La cruz humana

Como Cristo convivió con nosotros, haciéndose semejante a nuestra condición, somos llamados a seguirle. Del mismo modo, sellando su Amor en la Cruz, también somos llamados a Ella para ser salpicados de las gotas de un Sol -color cobre de lento otoño- que ya son parte de nuestro tiempo, y así poder derramarnos como la lluvia que despeja las telarañas del olvido. Como hojas doradas en un prado nevado. Dentro de nosotros sigue existiendo la posibilidad de ser un Cristo vivo, imitándolo. Al igual que, cuando nos santiguamos, quiero pensar que estamos haciéndonos uno con la Cruz, marcando los puntos cardinales de un cruce de caminos entre Dios y los hombres.

Igual que un rondel, todo empieza y acaba de la misma forma: Porque ya sabes que, aunque las personas tengamos vocación de trascendencia, lo finito ya está marcado. La brevedad del cielo queda concentrada en finos haces de luz, hechos del día a día, esperando que seamos antorchas de un sendero de árboles grises. La Cruz palpa el dolor de nuestra existencia, y dejándonos llevar por ella y su total mensaje establecemos una analogía con el Amor que no caduca; como San Pablo, que lo experimentó primero en sí mismo y lo convirtió en el mástil de toda su vida.

Como dice el lema cartujo, la Cruz permanece firme mientras el mundo da vueltas. Digo esto porque sacando la humildad de nuestros bolsillos, astillando nuestras manos, podemos filtrar lo sustancial de la vida, que es común a todas las épocas, a todos los rostros; lo que Dios reveló al crujir el pan bendito, que todavía estremece: *“En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis Amor los unos a los otros”*.

Ciertamente, para vivir necesitamos empaparnos de Cruz.

Tú, que en la Cruz llevas todas mis cruces
y tiembla tu humanidad por la mía,
¿a qué debo tu luz de mediodía
si siempre salen sombras en mis luces?

Tú, que lloras con vinagre mis males,
¿por qué, cuando bebo de mis caudales,
cruje el agua con sabores amargos?

Sigo buscando en mi espesura un claro
para renacer -igual que Lázaro-
y poder despertar de mis letargos.

Quiero continuar esta exaltación afirmando que, de la misma forma que somos llamados a amar la Cruz de Cristo, que ahuyenta los huesos maltrechos, también tenemos un Amor endeudado hacia nuestra propia cruz, que es la medida exacta de santidad de cada uno. En palabras de Santa Teresa de Ávila en su Camino de Perfección: *“la medida de poder llevar una cruz grande o pequeña es el Amor”*. Así, el que acepta los crudos designios divinos con la naturalidad de las cosas cotidianas, y así la asimila y la abraza, se está convirtiendo en un Emmanuel, en un Dios con nosotros.

Quien inicia esa conversión, haciendo un salto al vacío del “*Quien quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, tome su Cruz y me siga*”, puede observar el mundo con la mirada de Cristo, y consecuentemente, reconocerlo a Él en los demás. Bien definió esto último Lutgardo García, el más joven de la *estirpe de Bécquer*, quien escribió a colación de las sevillanas con los pulgares más desgastados de posar a Cristo en los demás: “*Las hermanas de la Cruz/ dicen al pobre, al desnudo.../ Dame esa cruz, yo te ayudo/ pues también Cristo eres tú*”.

Esta alegría calmada,
como las luces de un jardín,
rebosa aromas de jazmín
y una oración meditada.

Afuera, de madrugada,
en la plaza- todo adoquín-,
se escucha en la esquina un violín
por mi alma necesitada.

Despojado del aplomo,
frío el corazón, me asomo:
Es Cristo, y me está hablando.

Con la mirada me avisa,
mientras muestra una sonrisa,

que lleve mi Cruz amando.

Y hoy, en la Exaltación de la Santa Cruz, quiero plantar en sus pies a los míos, a las personas que Dios me ha puesto para conocerlo. Hablo de Manuel, de María del Valle, o de Isabel, y la retina me muestra luces azules, imágenes cercanas en mi recuerdo, donde -camisa, pantalón corto y raya al lado- regateaba al arcoíris entre estos mismos bancos. Sin saberlo, el Amor Crucificado presidía esos momentos, y poco a poco íbamos siendo colmados de Dios, y otra vez volvemos junto a él todos juntos de la mano. Hoy -como fue ayer, como será mañana- he vuelto al gozo de mis seis años. Quiero pedir en este momento por ellos, para que crezcan en santidad y puedan verte, de forma más nítida, cuando les llames.

Quiero terminar, si antes he tratado sobre el amor a nuestra propia cruz, hablando de aquellos que permanecieron fieles a Ella en la Pasión.

Cuando el silencio estaba encrespado a los pies del monte Calvario, como una noche en medio del campo, todo roquedal, paradas las manecillas y vencidas las lunas, el dolor de la Madre y el Discípulo Amado es aceptado y abrazado. No titubean. Son, en ese momento, llamas vivas como de ave fénix que lloran, y su sal junto con la sangre de Cristo nutre el Árbol de la Cruz, el segundo árbol de la civilización, dando un fruto que no instituye el pecado original, sino que lo aniquila y nos salva.

Seguiriya del Calvario

En el Gólgota lloran

Juan y María,

meditando sus penas

con el Mesías.

Esto es todo. Esto es la Cruz, la salvación del mundo. Así que recuerda, hermano en el Amor, que un día Cristo decidió dar un giro al mundo, colgando de un mástil que hoy se encuentra en el Salvador.

Esta luna de septiembre

despereza y echa cuentas

con las luces que se apagan,

y un espanto de cigüeñas

movidas por grises claros

vuelan a una tierra nueva.

Van camino del Calvario,

donde dicen que un profeta

ha prometido renacer

para darnos la buena nueva.

Constreñido entre los trazos

de tres clavos sin vendas,
vas marcando los límites
de un lienzo de trascendencia.

Mirarte no hiere la mirada:

No hay en tu imagen tristeza,
ni titubeos, ni hay mentiras,
ni hay ortigas en su mesa,
sólo una cruz en el zaguán
y anhelos de vida eterna.

Pasan la vida y los siglos
y no te vas, no te alejas,
renaces en cada mayo,
en la eterna primavera,
en un rito que suena a nuevo
y siempre se reestrena.

En quienes tienen trazado
tu rostro en nueva tela.

Que no te vas, que te quedas
dejando plantado un árbol
donde el aire es hierbabuena
y se respira el tesoro

de una humanidad nueva
porque Cristo, siendo Dios,
se hizo Hombre en Nochebuena
para darnos su Santa Cruz
a los hombres en la Tierra.

Muchas gracias.

Sevilla, 12 de septiembre de 2017.